

N
C
3

860-1
RUE
ren



NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura



REGLONES CORTOS

RENGLONES CORTOS

(ENSAYOS LITERARIOS)

POR

SALVADOR RUEDA Y SANTOS

4363
Diaz de Escobar

ABOGADO

SEGUNDA EDICION MALAGA

R. 16737

MADRID

Bailly-Bailliere
10, Sta. Ana, 10

MÁLAGA

Tipog. de EL MEDIODIA
4, Cister, 4

1880



Es propiedad del autor.

Á MI QUERIDO AMIGO

JOSÉ GALVEZ Y ARIAS

El presente libro, que como una pequeña prueba de mi amistad te dedico, constituye por decirlo así, mi primer paso en el espinoso camino de las letras.

Un año hace que empecé á escribir y un año hace también que con tu sano consejo y apoyo, con la fe en el alma y la esperanza en Dios, vivo entregado al mundo de las ideas, un año que vivo pendiente de la pluma, que como dice en su Quijote el inmortal Cervantes, es la lengua del alma.

Tú, que estás en pormenores de la triste y azarosa vida que me tocó en suerte y sabes cuán necesaria es para el que se dedica á este género de trabajos la tranquilidad de espíritu, comprenderás fácilmente, dada la pobreza de mis facultades, la titánica lucha que he necesitado sostener contra mis aflicciones para no desmayar en la empresa.

Cumplo, pues, un deber sacratísimo colocando tu nombre en la primera página de este menguado hijo de mi pobre ingenio, y haciendo constar públicamente mi gratitud al jóven poeta D. Narciso Díaz de Escovar por su protectora ayuda durante mis primeros ensayos poéticos; gratitud que se extiende largamente á mi cariñoso amigo el elegante escritor D. Antonio Rapela, sin cuya cooperacion valiosa y desinteresada no hubiera podido ver éste libro la luz pública.

De tu benevolencia espero que aceptes este recuerdo de tu amigo del alma

S. RUEDA.

PRELUDIO.

El autor de este libro, teniendo en cuenta, mas que los intereses literarios y los suyos propios, el deseo de dar á la amistad que le profeso espléndido pago, me impone la obligacion, árdua y gratisima, de escribir el prólogo ó proémio que le presente al público, docto y severo al par, de la ilustrada Málaga.

Una y otra vez he dicho al Sr. Rueda, en la intimidad de nuestras conversaciones, que acaso el público dé en la flor de preguntarme, como al quídam de sabrosa anécdota, ¿y á usted quién le presenta?; pero él se tiene en tan poco teniéndome á mí en tanto, que todas las humanas fuerzas no han sido parte á separarle de su tenáz empeño.

Resignome, pues, ante la dulce tiranía de la amistad y voy á cumplir cerca del lector, esta embajada que me confia el poeta, y de que acaso tengan ambos que arrepentirse.

Si el Sr. Rueda me hubiera consultado antes de poner en manos del cajista sus manuscritos, yo le hubiera dicho, con todas las veladuras de las buenas formas, pero en castellano claro, sinó castizo, que aplazára indefinidamente la publicacion de su obrita.

Alcanzamos una época de perplegidad, de indecision de dudas. No importa que las robustas voces de varones insignes canten con estro elevadisimo, consiguiendo fijar la atencion de las absortas muchedumbres; en literatura

como en las artes plásticas y gráficas, como en política, el gusto puede decirse que está en pleno Génesis. El realismo lleno de esplendentes filigranas artísticas, en que Campoamor inspira sus doloras, el romanticismo místico, —si es propia la frase— de Velarde, y la estruendosa lírica de Nuñez de Arce, no han conseguido, hasta la fecha, dominar la corriente del gusto, encauzarla, ni dirigirla.

En esta época, pues, que puede llamarse caótica, la publicación de un libro mas, que contenga en sus páginas las primeras lágrimas sonoras de un jóven poeta, los primeros gritos de un alma sencilla, y las fantasías primeras de una imaginación ardiente pero inesperta, es una empresa por todo extremo peligrosa y en la que entran por mucho las contingencias del fracaso.

El Sr. Rueda, sin embargo, con admirable instinto de poeta, ha salvado lo que yo creía casi insuperable, y ha hecho un libro, que si no es la obra de un sábio, es, indudablemente, un inspirado arpegio, una nota feliz, que barrunta con don profético, acabados, conmovedores cantos, para un porvenir próximo; que, por otra parte, se ofrece al Sr. Rueda, bellamente coloreado por las tintas dulcísimas de la esperanza.

Ha hecho mas el Sr. Rueda; ha hecho un libro agradable; porque distinguiéndose su musa por la ingenuidad y discreción con que canta las cosas mas íntimas, ha logrado verter verdaderos torrentes de lirismo, sin que el lector pueda en justicia quejarse de ese petrarquismo empalagoso que hace insoportables á veces las poesías amatorias.

Hoy no puede el autor de este libro presentarse al público que ha de juzgarle, mas que como un jóven lleno de aspiraciones nobilísimas. Late en él, sin embargo,—y aun á riesgo de ofender su modestia lo pongo en letras de molde—un verdadero espíritu de poeta. Sus arranques tienen la valentía del génio y todo el calor de la inspiración

Cuando en su *Delirio del poeta*, desea ver desde las vertiginosas alturas infinitas

el abismo insondable
sacudido por hórrida tormenta

su lira vibra magistralmente pulsada.

Con feliz espresion, con originalidad indisputable, llama el Sr. Rueda á esta misera vida que nos ha cabido en suerte en la lotería del acaso,

la danza turbulenta
de los seres que oscilan confundidos
en la tierra gigante;

y el lector ha de convenir con el crítico, que estas figuras retóricas, cometidas con verdadero conocimiento de causa, denotan que en el cerebro del Sr. Rueda se ha firmado ese pacto esencial entre la inspiracion que delira y el discernimiento que razona.

Hay en el autor de este libro algo y aun algos de lo que llamamos *quid divinum* en la culti-parla literaria. Así, por ejemplo, cuando dá oídos á la voz grandilocuente que le habla de un destino superior, y le traza con mas fantasia que fidelidad, el apoteosis de los talentos del poeta, el señor Rueda esclama con verdadero fuego de hombre inspirado:

Chispas de soles alzará mi paso;
ricas guirnaldas colgarán las nubes
en torno de mi asiento;
y las arpas del viento
cantándome á compás de los querubenes,
ensalzarán la espléndida victoria
de mi númen fecundo,
y el eco de mi gloria
resonará en los ámbitos del mundo.

Un detalle digno de tenerse en cuenta. En el Sr. Rueda no ha influido la manía *beequeriana* que informa hoy todas las pasiones poéticas.

Algunas composiciones de este género, contiene el libro de que me ocupo, pero todas ellas demuestran que el Sr. Rueda no siente el género, ni lo ama, ni lo comprende.

Presumo haber e contrado la esplicacion de este secreto; creo cónocer la razon por qué el Sr. Rueda no se ha dejado llevar por la moda é influir por el ejemplo de tantos otros que como él empiezan consagrándose á la poesía íntima, subjetiva, inimitable, del malogrado Gustavo A. Becquer, el poeta del llanto y de las dulces penas. El señor Rueda es un verdadero poeta lírico. Sus sonetos *Imitacion de Rosas* y *El cohete* permiten sospecharlo; su *Oda al mar* afirma de un modo categórico.

En esta feliz composicion ha desplegado nuestro jóven autor todas sus dotes. Hay en la *Oda al mar* trozos, que como el que empieza

te ví tambien de vaporosas brumas
teñir el cielo allá por el oriente
y en encrespadas sábanas de espumas
cubrir las rocas con afan creciente.
Delirante, confusa, arrodillada
la mente vió tu inmenso poderio
y gozó prosternada,
cual ahora goza, viendo enagenada
que te soñé pequeño ¡oh mar bravo!

aunque algo defectuoso contengan, encierran verdaderos tesoros de descriptiva, de lírica, y conceptos profundos.

Cuando atraído por el espectáculo de la inmensidad líquida que ruje á sus piés, que brama y suda como un cílope empeñado en titánicos trabajos, el poeta que siente

el deseo inescusable de gozar grandeza tanta, esclama en un raptó de lirismo inspirado, enérgico, y tierno á un tiempo mismo:

deja te admire con creciente anhelo;
calme tus iras la templanza grata;
mire yo un mundo retratando á un cielo,
movible espejo de rizada plata;

puede decirse que han terminado sus pruebas y que el mundo de la inspiracion, tiene en el Sr. Rueda, una legitima esperanza.

He citado su soneto, imitacion de Rosas, y no quiero pasar adelante sin celebrar, como se merece, la feliz disposicion del Sr. Rueda para esta clase de composiciones.

Es el soneto cosa tan propia de la literatura española y tan difícil á la par, que todos los ingénios que riman van á la conquista del soneto, nuevo vellocino de oro de la Poética nacional. Su estructura limitada por las fatales catorce líneas, requiere que no haya nada inútil en esa ingeniosa trabazon de cuartetos y tercetos; hasta tal punto que, el *ripio*, venial pecado en que caen todos los que persiguen el consonante, es en el soneto falta gravísima y capital.

Con todas estas rémoras, el Sr. Rueda hace sonetos bellisimos. *El Cohete* es original, delicado y profundo. Parece una filigrana de ideas bonitas y filosóficas. El que consagra á cantar *Al Águila*, pájaro afrenta del aire, que ha dicho autor muy celebrado, tiene cierta robustez en la frase, mucha unidad y cierta elocuente concision de muy buen gusto.

Pero el soneto que mas cumplidamente llena las condiciones requeridas, es el que se titula *Grandeza de Dios*. Aquel cuarteto que dice:

Aquí, la altiva, inmensa catarata
 que busca hirviente la honda sepultura;
 allá, el lago bordando la llanura
 que la alta cumbre en su cristal retrata;

es digno de la lira clásica; que no porque Lope haya sembrado de soles el cielo de la lírica, ha de renunciar el novel poeta moderno á escribir sonetos, hoy que es una verdad de á fólio, aquella paradoja de antaño de la democracia de las inteligencias.

Como el autor de este prólogo no es miembro de esa Sociedad de elogios mútuos que tanta fortuna logra en la vida de las letras, no ha podido contraer el compromiso de presentar al Sr. Rueda como un génio á todo trance. Ni el mérito verdadero y positivo de los talentos de este jóven poeta lo hacen necesario, ni la discreción del público lo toleraría, ni por otra parte, el Sr. Rueda ha llegado aun al término de su carrera.

Cierto que en los versos de mi amigo encuentra la crítica recomendables condiciones, señales ciertas de que su autor—lo diré abusando del similitud que ya se ha hecho *cursi*—es de la madera de que se hacen los poetas, pero ignora aun muchas cosas, y libreme Dios de dar al verbo *ignorar* los ofensivos alcances que tiene. A los veinte años no se conoce aun lo bastante el corazón humano; á esa edad el instinto suple á la esperiencia; y siendo el poeta la voz inspirada de las pasiones, la voz culta del deseo, corre sério peligro de entregarse á banalidades íntimas, quien en los albores de la vida canta sus penas, sus alegrías y sus esperanzas.

Por otra parte, aunque el poeta nace, el poeta se educa. La lectura de los grandes maestros no basta á echar los cimientos del buen gusto; se necesita algo mas; se necesita estudiar, con ánimo de aprenderlo, todo el sublime artificio de las poesías clásicas, y empaparse,—si el voca-

blo es lícito—en la corriente tumultuosa del romanticismo: porque en artes no se puede andar á ciegas, ya que la belleza reside esencial y materialmente en la forma.

Bajo este punto de vista, si el presente libro carece en conjunto de un mérito absoluto, tiene bellezas relativas de primer orden. Ciertamente que la mano es aun inesperta; pero no menos cierto es que en el cerebro del autor laten ideas superiores, que solo esperan el momento de poseer los ricos atavíos del arte para hacer su aparición en el mundo de los hechos reales.

Ignoro, si al satisfacer los deseos del Sr. Rueda, escribiendo este prólogo, habré lastimado su amor propio de hombre; pero me consta, de una manera positiva, que he cumplido con el público diciéndole todo lo que creo y conmigo mismo creyendo todo lo que digo, sobre el feliz ensayo poético, causa ocasional de estas líneas, pobres y ramplonas sobre toda ponderación.—*Vale.*

JUAN J. RELOSILLAS.

A mi madre

¡Que si yo te quiero, madre del alma
te quiero más que a mí

Y en otros mi alegría, mi bien, mi calma
nada encuentro sin ti!

¿Cuan te vea llorar con ^{triste} ~~gran~~ ~~tristeza~~
sepa que está en los ojos,

si dice: llora esa ^{madre} ~~po~~ ~~madre~~ ~~de~~ ~~tan~~ ~~buen~~ ~~na~~,
¡es que llora en hijo!

¿Cuan te vea reír con alegría
y el semblante gozoso

que diga sin dudar, ¡oh madre mía!
¡su hijo es muy dichoso!

Y Martín Delandrea

Á MI MADRE

Mientras sufro mis ansias y dolores //
y me afano por tí, ~~2~~ 7 (agudo) //
léjos, madre, del bien de tus amores //
sé que piensas en mí. 7 (w)

Recordando las pláticas serenas //
del tiempo que pasó, 7 (w)
siempre léjos de mi lloras tus penas
y siempre léjos yó. (w)

Ojalá que al rendirse nuestras almas
cansadas de sufrir, (w)
como se abrazan al chocar las palmas
nos juntemos los dos para morir. (w)

Delirio del Poeta

Oda

Al Srn Federico González, Rabanada

Quien descubriera un mundo, inmenso, grande
de cielo trasparente
donde el sol no quemara
y la luna brillara *constantemente*
al mismo tiempo / el sol ~~en el~~
de tierra fertil como pocas tierras

DELIRIO DEL POETA

OOA.

AL SR. D. MIGUEL MARTIN Y GONZALEZ.

Quiero volar; mi ardiente fantasía
quiere lanzar su vuelo
cuál águila arrogante,
y estenderse triunfante
por los estensos ámbitos del cielo.

Yo quiero contemplar bajo mi planta
el movimiento eterno de los mundos;
quiero surcar los piélagos profundos
con vuelo poderoso;
quiero hollar presuroso
la ronca tempestad que se levanta
sobre la mar jigante;
quiero escalar el cielo,
y al mirar al Eterno frente á frente
quiero parar mi presuroso vuelo
sobre el trono del sol resplandeciente.

¡Ven, huracan! con ímpetu violento
arrástrame en tus alas;
cruce mi ser por las empíreas salas
que llenan el vacío;

contemple yo rodar el ancho mundo
por su inmenso palacio,
y cual génio lanzádo del profundo,
sostendré con mi esfuerzo sin segundo
los soles gravitando en el espacio.

¡Ven, huracan! con hórrido estampido
remóntame del suelo;
yo quiero traspasar enardecido
los cóncavos del cielo;
yo quiero ver la tierra
quebrantarse potente
á mí sublime, poderoso aliento;
quiero tender mi ráudo pensamiento
por la creacion entera,
y detener al mundo en su carrera
y yo solo llenar el firmamento.

Chispas de soles alzaré mi paso;
ricas guirnaldas colgarán las nubes
en torno de mi asiento;
y las arpas del viento
cantándome á compás de los querubes,
ensalzarán la espléndida victoria
de mi númen fecundo,
y el eco de mi gloria
resonará en los ámbitos del mundo.

Bajo mis piés contemplaré potente
la máquina asombrosa

rodando por el éter impalpable;
el abismo insondable
sacudido por hórrida tormenta;
la danza turbulenta
de los séres que oscilan confundidos
en la tierra jigante;
oiré la tempestad rujir tronante
desgarrada por fieros aquilones,
y exento de temor y de pesares
escucharé con alma conmovida,
los jigantescos pasos de la vida
y el ronco son de los revueltos mares.

¡Yo veré á Dios! de su inspirada frente
beberé la grandeza y poderío;
yo asentaré mi trono en el vacío;
yo pisaré valiente
de los siglos la marcha turbulenta;
y hasta el cielo elevándome potente
esparciendo en las anchas cavidades
la luz de mi victoria,
contemplaré impasible las edades
sobre el trono fulgente de la gloria!!

SONETO

(IMITACION DE ROSAS.)

Mirarte solo en mi ansiedad espero;
mirarte solo en mi ansiedad aspiro;
y mas me muero cuanto mas te miro.
y mas te miro cuanto mas me muero.

El tiempo pasa por demas ligero;
lloro su ráudo, turbulento jiro;
y mas te quiero cuanto mas suspiro,
y mas suspiro cuanto mas te quiero.

Deja á tu cuello encadenar mi brazo;
y al blando son con que nos brinda el remo,
la mar surquemos en estrecho lazo.

Ni temo al viento ni á las ondas temo;
que mas me quemo cuanto mas te abrazo,
y mas te abrazo cuanto mas me quemo.

SOMBRAS

—¡Plácido arroyo que rumoroso
por entre flores corres fugaz!
¿donde está el término de tu camino?
¿de dónde vienes? ¿á dónde vás?

Siendo tu senda la mas florida;
siendo tu linfa libre cristal;
siendo tú espejo del mismo cielo,
dime, ¿no sabes á dónde vás?

—Siendo mi senda la mas florida;
siendo mi linfa libre cristal;
siendo yo espejo del mismo cielo,
sé... que mis pasos van hácia el mar.

Pero tú, siendo la misma ciencia;
tú que el misterio sabes borrar;
tú que los astros medir consigues;
tú que caminas con ciego afán;

tú, en fin, la obra mas acabada
que el Sér Supremo quiso formar;
tú, ¡El Hombre! acaso podrás decirme,
¿de dónde vienes y á dónde vás?

COLON

SONETO

¿Qué estruendo universal se alza potente,
que del cielo en los ámbitos resuena?
¿qué torrente de luz los orbes llena
que afrenta al sol y brota de Occidente?

¿Qué profundo rumor suena inclemente
que el mundo abarca, lo infinito atruena,
y por la inmensa bóveda serena
¡gloria! repite y sube diligente?

¿Qué dilatado grito victorioso
hace temblar el piélago profundo
y hace rugir al mar tempestuoso?

Es un aplauso al hombre sin segundo;
es que Colon, el génio portentoso,
de la mano de Dios arranca un mundo.

EL SULTAN

ORIENTAL.

AL SR. D. ANTONIO RAPELA Y CIFUENTES.

Bullen por mis jardines canoras aves;
tengo en ricas estancias copas de oro,
y de marfil cargadas mis turcas naves
libres hienden las olas del mar sonoro.

Prisionera en su cárcel de filigrana
resbala de mi ninfa la planta leve,
que en su túnica envuelta de azul y grana
vá enseñando las formas de su pié breve.

Bordan la fresca orilla verdes rosales;
lanzan las claras fuentes dulces rumores
y responde al concierto de sus cristales
el son de las calándrias y ruisseñores.

Tengo prados de rosas y de alelíos;
tengo rojos cojines de seda indiana
y ensartas de corales y de rubíes
para adornar la frente de mi sultana.

Donde mi bien amado duerme y suspira
guardo en lechos de plumas gasas flotantes;
ricas blondas preciadas de Cachemira
y áureas cintas sujetas entre brillantes.

Cuando en la azul esfera brillan los astros
me brinda el arpa amante notas divinas,
y en las fuentes de jaspes y de alabastros
bullen por las espumas sacras ondinas.

Tengo de mármol raro bello recinto;
tengo en mi haren luciente rico tesoro;
la fruta regalada del terebinto
y el árbol corpulento del sicomoro.

De Venecia y Castalia. Persia y Hungría,
guardo en conchas de nácar flores de perlas,
y soberbias guirnaldas de pedrería
que las turcas y egipcias lloran por verlas.

Ven, sultana, que el cielo brilla esplendente
y el mundo se despierta con sus rumores;
ven, que ya te saluda la clara fuente
al son de las calándrias y ruiseñores.

Ya despiertan del prado los alelíos;
vén á mi haren, mi reina, vén, mi sultana...
para tí son mis perlas y mis rubíes!
para tí mis cojines de seda indiana!!

EN UN ALBUM

SONETO.

Cual mariposa que vagando leve
busca por trono la encendida rosa,
y á otras flores saltando bulliciosa
bate sus alas de amaranto y nieve,

Así el amor, tiránico y aleve
vaga en los lábios do la miel rebosa;
y arrebatado en marcha presurosa
sus ténues alas vagoroso mueve.

Tú, flor naciente que á vivir empieza,
mira en la fé la antorcha nacarada
que al alma brinda la mejor nobleza.

Baña tu cáliz en su luz sagrada;
porque la flor que pierde su pureza,
brilla un instante y muere deshojada.

AL ÁGUILA.

Soneto.

¿Donde remontas águila tu vuelo?
¿qué límites señalan tu albedrío,
que ya descendes hasta el manso río
ya recorres los ámbitos del cielo?

Lenta hácia el sol caminas en tu anhelo;
refleja el mar tu inmenso poderío;
son tu imperio los golfos del vacío;
tienes por trono el dilatado suelo.

Nuevos espacios huellas diligente;
cruzas altiva desde zona á zona,
y el orbe abarca tu mirada ardiente.

Son tus grandezas las que el mar entona;
la antorcha que te alumbra, el sol fulgente;
las estrellas del cielo, tu corona.

EL SOL.

AL SR. D. NARCISO DIAZ DE ESCOVAR.

Globo que en rápido vuelo
subes, el eter surcando;
rubia lágrima oscilando
en la pupila del cielo.

Astro que de dicha en pos
corres, lanzando la vida;
perla al azar desprendida
de la corona de Dios.

Mundo ardiente y luminoso
que recorres el espacio
ostentando por palacio
el infinito asombroso.

Tú elevas del mar la frente
donde tus rayos desatas,
destrenzando en cataratas
tu cabellera esplendente.

Tú desde el mar donde imperas
subes del cielo á la cumbre,
como corona de lumbre
que abrillanta las esferas.

Tú del piélago profundo
rompes el seno luciente,
y te asomas al oriente
para contemplar el mundo.

Tú dando al alma pesares,
tras el lejano confin
hundes tu faz de carmin
en el seno de los mares.

Tú eres del cielo alegría,
del hombre, dulce consuelo;
el que rompe el negro velo
llevando en su frente el día.

Quien dá á la tierra su adios
en su rayo moribundo...
Tú eres la antorcha del mundo!
Tú eres el trono de Dios!!

A UNA NIÑA.

Flores de límpios colores
que al alma inspiran amores
son tus mejillas bermejas;
mas... cuida de las *avejas*
que buscan miel en las flores.

Dicha y placer derramando
vas con tu acento sonoro;
y el mundo vas eclipsando,
si al aire brillan temblando
tus sueltas ondas de oro.

Goza los triunfos sin cuento
con que adornándote vas,
pero oye el son de mi acento:
las flores que seca el viento
no reverdecen jamás!

AL SR. D. JOSÉ MARIA ALCALDE

EN EL DIA DE SU BODA.

SONETO.

Viendo tu sueño florecer dichoso;
viendo la luz del suspirado día,
del arpa triste que en quietud yacía
vuelvo á lanzar el himno sonoro.

La sien ornada de laurel glorioso;
bañada el alma en luz y en armonía,
hoy ves brillar tu cielo de alegría
y oyes á un ángel que te llama esposo.

El sol te bañe con su lumbre pura;
duerma entre flores tu amorosa historia;
canten las aves en la selva oscura.

Y en el trono feliz de tu victoria,
solo te brinde el mar de tu ventura
sobre playas de amor, olas de gloria.

GRANDEZA DE DIOS

Soneto.

Lejos, el mar que ronco se desata;
allá el volcan y luego la espesura,
y el torrente pendiendo de la altura,
raudal sonoro de brillante plata.

Aquí, la altiva, inmensa catarata
que busca hirviente la honda sepultura;
allá, el lago bordando la llanura
que la alta cumbre en su cristal retrata.

Aquí la tierra, abismo tenebroso;
del cielo allá, desiertos infecundos,
y aquí la selva con el bosque umbroso.

Y en mar y en sol y en ámbitos profundos
y en bosque y selva y cielo portentoso,
la grandeza del Ser, rey de los mundos.

EN EL CEMENTERIO.

AL SR. D. JUAN NAVARRO REZA.

Tumbas heladas que en reposo eterno
guardais del hombre las pasadas glorias;
senos de mármol, donde en polvo yace
del mundo airado la soberbia pompa;
decid: ¿qué reina bajo el antro oscuro
donde los muertos en quietud reposan?
¿qué espera al triste que cansado y yerto
mira entre insomnios resbalar sus horas?
¿no hay mas vida quizás que nuestra vida?
¿no hay mas gloria tal vez que nuestra gloria?
¿todo sucumbe, se deshace y muere
como rayo de luz entre la sombra?
¿nada hay eterno, virginal, sublime,
que de lo justo á la divina antorcha,
quede flotando junto al Dios, que acaso
no es mas que un sueño de la mente loca?..
¡Ay! que el placer y el sentimiento unidos
y las grandezas de la tierra todas,
cabén, tal vez, y aún sóbrales espacio,
en el mísero hueco de una fosa!

Tal vez el alma, como vaga esencia
que al aire brinda la entreabierta rosa,
se perderá flotando entre las nubes
como un lamento que en los aires llora!
¡Ay! del mortal, que mísero y doliente
mira entre insomnios resbalar sus horas!...
¡Ay! si se pierde al acabar su vida
como rayo de luz entre la sombra!!

.....

¿Será verdad cuanto la mente piensa?
¿Será mentira cuanto el alma adora?
¿Todo es materia, podredumbre y cieno,
y escombros y barro y mezquindad y prosa?.....
¡No! que en la noche, cuando el triste pecho
falto de bien suspira entre congojas,
y se arrastran los vientos invisibles
por las dormidas y desiertas frondas;
cuando la luna en el confín de oriente
llena de luz sacude su corona,
y cual pálidas flores de alabastros
siembra el cielo de estrellas brilladoras;
cuando el azul purísimo del cielo
desplega al mundo sus preciadas ondas,
y aparece en su trono de diamantes
coronada de aljófares la aurora,
un vago son que halaga los sentidos,
una voz que resuena misteriosa,
que el pecho solo su lenguaje entiende,
que el alma solo á sus acordes llora,

dicen al corazon que hay un espíritu,
un ser sublime donde el bien reposa,
y que es la tumba el pòrtico sagrado
tras de que el alma sus destinos logra.

.....

¿Que resta, pues, al mísero que espera?
¿Que guarda el cielo al que con fé le adora?
Para el que vive, el llanto y los pesares!
Para el que muere, el triunfo de la gloria!!

EL COHETE.

SONETO.

Lanzóse audaz á la estension sombría;
y era al hendir el céfiro sonante,
un saltador de fuego palpitante
que en las ondas del cielo se envolvía.

Viva su luz como la luz del día
resplandeció en los aires fulgurante,
y apareció la luna en lo distante
que cual rosa de nieve se entreabría.

Perdióse luego su esplendor rojizo;
siguió fugaz cual ráudo meteoro
y al fin surgió como candente rizo.

Paró de pronto su silvar sonoro;
y tronando potente, se deshizo
● en un raudal de lágrimas de oro.

Á UNA INGRATA.

SONETO.

Ya que insensible al son de mis clamores
truecas en llanto mi risueña vida
y es tu pecho la roca endurecida
donde se estrella el mar de mis amores.

Ya que sin fé redoblas mis dolores
sin escuchar al alma dolorida
y está en tu pecho la pasión dormida
como en abril las virginales flores,

Deja que en lecho de pesar y abrojos
rinda á la muerte mi postrer momento;
deja que muera sin causarte enojos.

Pero... de modo y con tan dulce intento,
que no sufran mirándome tus ojos
ni suspire llorándome tu acento.

AL MAR.

ODA.

AL SR. D. FRANCISCO GALAN RIVAS.

Tambien ¡oh mar! soberbio y dilatado
cual otros llevo ante tu altiva frente;
tambien arrebatado
con ánsia loca y entusiasmo ardiente,
corrí hácia tí con mi pasion á solas
desde el confin lejano de occidente,
por oir los ecos de tu seno hirviente
y el ronco son de tus gigantes olas.

Soñé tu voz; con ímpetu violento
te ví en mis sueños revolverte airado,
y temblar agitado
con rudo empuje en tu profundo asiento;
ví tus ondas soberbias levantarse
cual montes de cristal, embravecidas,
descendiendo despues á dilatarse
por las playas de conchas guarnecidas;

te ví tambien de vaporosas brumas
teñir el cielo allá por el oriente,
y en encrespadas sábanas de espumas
cubrir las rocas con afan creciente;
delirante, confusa, arrodillada
la mente vió tu inmenso poderío,
y gozó prosternada,
cual ahora goza, viendo enagenada
que te soñé pequeño ¡oh mar bravío!

¡Coloso altivo! á tus potentes sonos
mi débil pecho desmayarse siento,
y mi pobre lamento
que á tí consagro con amor fecundo,
lleva ligero el proceloso viento
y ese tu ronco, rebramar profundo.

Deten, deten tu batallar constante;
deten las olas que á mi planta crecen,
y la arena estremecen
hollando altivas con valor triunfante;
deja te admire con creciente anhelo;
calme tus iras la templanza grata;
mire yo un mundo retratando á un cielo,
movible espejo de rizada plata:
permite ¡oh mar! que á mi placer te admire;
escuche yo tus ecos celestiales;
déjame que suspire,
y que gozoso mire
de tu fondo las perlas y corales,

Mas ¡ay! que lejos de escuchar mi ruego
te revuelves con hórrido estampido,
y tu fiero rujido
que airado lanzas en tu furia ciego,
ensordecen mi pecho y mi sentido.

Y esas revueltas, levantadas olas;
ese piélago inmenso y tenebroso
que se eleva arrogante
cual soberbio gigante,
en torbellino hirviente y poderoso,
cruzó Colon con entusiasmo ardiente
tras un soñado, apetecido mundo;
cruzó Colon, el genio sin segundo,
con planta firme y con serena frente.
Gloria á su nombre y á su ciencia gloria!
prodigue el mundo á su saber altares!
la horrible lucha de su gran victoria
se sabe solo al contemplar los mares!!

¿Y sabes lo que dicen tus bramidos
piélago rencoroso y levantado?
la existencia de un ser que te sostiene;
la existencia de un ser que te ha formado,
y que en el cielo mora
de luz vistiendo su inmortal palacio,
y dirige la marcha vencedora
de esos mundos que pueblan el espacio.

¡Escépticos! venid del mar estenso
á contemplar las ondas irritadas;
negad que un Dios con su poder inmenso,
no detiene sus iras desatadas.

¡Dios! resuena en el piélago profundo;
¡Dios! resuena en el cóncavo azulado,
y ¡Dios! repite el eco dilatado
por los desiertos ámbitos del mundo.

.

¡Adios! cuna de perlas adorada:
cantarte en vano mi pasión deséa;
pues no hay lira vibrando arrebatada,
que digna ¡oh mar! de tu grandeza séa!"

LA FE.

SONETO.

Rosa de nieve del eden sagrado,
faro bendito de esplendor fulgente,
lago sereno de cristal luciente,
cándido lírio del risueño prado.

Sol de placer en cielo nacarado,
mística flor de saturado ambiente,
rubio celaje del fanal de oriente,
trono de rosas y esplendor ornado.

Tú eres del alma la virtud querida;
cubres al triste con rosado velo
y eres del hombre manantial de vida.

Dás al que llora sin igual consuelo...
tú eres la escala de laurel tegida,
por donde el alma se remonta al cielo.

À UNA MÁSCARA.

Soneto.

¿A qué escondes la faz tersa y brillante
bajo el pálido tul del ancho velo?
¿podrá sus tintas disipar el cielo
porque oculten las nubes su semblante?

Deja latir tu seno palpitante
trémulo de pesar y de recelo,
y grite el corazón sin desconsuelo
lo que le niegas al fingirte amante.

Me hablas de gratitud y de inocencia
y ni un punto de infámias me has hablado;
te conozco muger! nula es tu ciencia!

Con tu propio fingir te has revelado;
que así como no hay juez cual la conciencia,
tampoco hay delatador como el pecado!!

EN UN BAILE.

(INTIMA).

I.

Era en un baile, sí; tu hermoso seno,
preso en las redes de tupido encaje,
terso brillaba como sol naciente
cuando risueño asoma tras los mares.

Olas de nieve y pétalos de rosa
trémulo alzaba al aspirar el aire,
que tu aliento cual lluvia de rocío
derramaba despues en mi semblante.

Tus frescos lábios, cual cendales rojos
se apartaban dulcísimos y afables,
dejando ver dos círculos de perlas
esfaltadas en troncos de corales.

Tus manos, presas por pecar de breves
en la cárcel estrecha de los guantes,
con mis manos unidas, parecian
dos penachos de espuma de los mares.

Tu cabellera, en incitantes ondas
y sujeta por hebras de diamantes,
daba contorno á tu nevado-cuello
y á la blancura de tu sien esmalte.

Tu pié, calzado por chapín de seda
bello asomaba bajo el fino traje,
como boton de pálida magnólia
antes de abrir sus hojas virginales.

Era tu frente un cielo alabastrino
no velado jamás por niebla errante,
do brillaban cual iris bonancible
los arcos de tus cejas celestiales.

Todo daba esplendor á tu belleza;
y era tu faz tan pura, tan afable...
cuántas veces pensando en mis amores
suspiré recordando tu semblante!

II.

Al sonoro compás de alegre danza
yo aprisionaba tu flexible talle,
y *algo*, temblando murmuré en tu oído
como tiemblan las hojas en los árboles.

Todo el carmin del alba enrojecida
de súbito corrió por tu semblante,

trocando tus mejillas por dos rosas
al entreabrir su seno en los rosales.

Los volcánicos soles de tus ojos
se volvieron despues para mirarme,
cubriéndole al bajarlos dulcemente
de tus pestañas el labrado encaje.

Una brillante perla cristalina
bajó á engrosar tus nítidos collares,
y un débil «¡sí!» brotado de tu seno
llevó en sus ondas apacible el aire.

Embriagado de amor y de ternura
de nuevo quise proseguir hablándote;
pero al sonar mi voz junto á tu oído,
paró la danza y terminóse el baile!

III.

Del fúnebre desierto de la vida
alguna vez te encuentro por la calle,
y al mirar hácia mí bajas los ojos
y yo bajo los ojos al mirarte.

Resignado á sufrir mis amarguras
loco sigo mis sueños ideales,
y en secreto devoro mis suspiros
y en silencio combato mis pesares.

Solo espero una frase de tu boca
que benévola endulce mis afanes;
solo espero un momento. . . .
. basta solo,
para darme la vida ó sepultarme!!

EN LA MUERTE

DE LA BONDADOSA SEÑORA DOÑA ROSA CERISSOLA.

Sus lábios sonrieron; sus ojos se cerraron;
un rayo de la gloria su frente iluminó:
cantando los querubes su lecho rodearon
y al coro de los ángeles su espíritu voló.

Cual música lejana que lleva el ronco viento
las notas resonaron de un fúnebre cantar;
y ¡salve! murmuraban en plácido concento,
y ¡gloria! repetían los ecos sin cesar.

Los buenos le rindieron el ínclito homenaje;
su cuerpo condujeron á la última mansion;
sobre ella un sáuce tiende su fúnebre ramaje
y el viento allí murmura con lúgubre cancion.

Dichoso el que á la muerte se abraza con empeño
y al mundo y á la vida su adios postrero dá;
felices los que gozan del mas sabroso sueño;
dichosos los que mueren, feliz el que se vá!!

EL DIA.

SONETO.

Abrió su cáliz la naciente aurora
sobre un fanal de rosicler y grana,
y al sonreir, junto á la flor temprana
cantó la alondra su cancion sonora.

Los verdes prados que el abril colora
se ciñeron la frente soberana,
de esas perlas que oculta la mañana
bajo el rubio cendal que se evapora.

Rasgó el oriente su rosado velo;
lanzó la tierra su cantar sonoro
y huyó la noche con medroso vuelo.

Mostró la luz su virginal tesoro;
y sus pupilas al abrir el cielo,
rodó una perla de candente oro.

LA NOCHE.

SONETO.

Cerró su cáliz la nocturna aurora
sobre un fanal de rosicler y grana,
y al suspirar, junto á la flor temprana
lloró la alondra su cancion sonora.

Los verdes prados que el abril colora
despojaron su frente soberana,
de esas perlas que oculta la mañana
bajo el rubio cendal que se evapora.

Ciñó el oriente su nocturno velo;
perdióse el sol en su mansion ignata
y huyó la tarde con dormido vuelo.

Murió la luz sobre la cumbre grata;
y sus pupilas al cerrar el cielo,
rodó una perla de brillante plata.

LA NOCHE-BUENA .

A MI PADRE.

Ya el sol doliente y cansado
marchando vá al occidente,
como una lágrima ardiente
que llora el cielo angustiado.
Sobre el oriente enlutado
la noche imprime sus huellas;
girones de nieblas bellas
ciñen al mar con su tul,
y arriba, en su templo azul,
derrama Dios las estrellas.

La humanidad sin disfráz
funde su yugo inclemente
con un abrazo ferviente
en ésta noche de páz.
Entre el bullicio fugáz
vaga el placer confundido;
reposa el ángel dormido,
la madre brilla entre flores...
Dios pone un beso de amores
sobre el hogar bendecido!

Cuajado de rosas mil
luce el feraz nacimiento,
que alegra el niño contento
con su sonrisa infantil.
Muestra su ardor juvenil
el mozo alegre y lozano;
rie dichoso el anciano,
gime el viento moribundo,
y una familia es el mundo
que forma el género humano.

Solo en la noche serena,
tras el aplauso ferviente,
suspira un alma doliente
de todo placer agena.
Esclavo de amarga pena
ya no hay venturas en mí;
hoy, padre, lloro sin tí
y en ansias de amor suspiro,
que en noche cual la que miro
recuerdo que te perdí!!

Hoy solo acude á mi mente
la luz de un alba yá muerta,
que viene á alumbrar incierta
la soledad del presente.
De mi entusiasmo ferviente
voló el perfume sagrado;
ya del corazon llagado

solo me restan despojos,
y en vano vuelvo los ojos
para encontrarte á mi lado.

¿Dónde fueron ¡ay! las horas
de tu acendrado cariño,
y de mis goces de niño
las sonrosadas auroras?
¿dónde las brisas sonoras
de aquella edad infantil?...
como las rosas de abril
mis glorias se deshojaron,
y sin amor desgarraron
mi corazon juvenil!

Presa de amargo tormento
lloro mi cielo perdido,
y un prolongado gemido
roba á mis lábios el viento.
La mano del sufrimiento
trocó en pesares mi suerte;
todo ante mí yace inerte
sumido en sueño profundo,
y oigo las risas del mundo
como plegarias de muerte!

La mesa, el templo, el altar,
los reyes y los pastores,
todo entre luces y flores

prestan dulzura al hogar;
todos sonrien al par
de vivo placer cubiertos;
vagan rumores inciertos
por los vientos fugitivos,
y... alegres danzan los vivos,
sobre el polvo de los muertos!

Hoy mira el hombre afanoso
cubierto el mundo de flores,
y entre risueños amores
cuenta las horas dichoso;
hoy corre al templo gozoso
como el arroyo hácia el mar;
y ageno á todo pesar
danza, y su llanto destierra,
pisando alegre la tierra
que luego le ha de pisar!!

Hoy siente al pecho abatido
romper su cárcel potente,
y oye latir dulcemente
su corazón adormido...
¡ay del que lega al olvido
del mundo el duro rigor!
¡ay del que en noches de amor
olvida penas del día;
que siempre tras la alegría
está acechando el dolor!

Vuelen las horas serenas
que mira el hombre extasiado,
y quede el pecho angustiado
regando en llanto sus penas;
gocen las dichas ajenas
en dulce sueño profundo;
caiga el dolor sin segundo
cubriendo al triste que implora:
que importan, para el que llora,
las alegrías del mundo!

.

¡Padre! si en alas del viento
mientras reposas tranquilo,
llega al umbral de tu asilo
el vago son de mi acento;
si ha de vivir el tormento
flotando en torno de mí,
y he de luchar siempre así
sin que el martirio sucumba,
caiga mi cuerpo en la tumba!
vuele el alma junto á tí!!

A MI AMIGA LA SRA. D.^A J. P..

DESPUES DE HABERLA OIDO CANTAR.

SONETO.

¿Quien no admiró tu gracia y tu viveza?
¿Quién no aspiró la esencia embriagadora
de esa virtud que alienta y se atesora
bajo el terso cristal de tu pureza?

¿Quién no admiró tu espléndida belleza
sin estender su mente voladora
por ese mundo en que la dicha mora,
por ese eden donde la vida empieza?

Nacen las rosas donde está tu planta;
vencen al sol tus nítidos colores
y el mar sonoro tu hermosura canta.

Te brinda el prado nacaradas flores,
y resuena al trinar en tu garganta
un concierto de alegres ruiseñores.

TRISTEZA.

Soneto.

Triste es la noche y triste la mañana;
triste la luz que ríe con la aurora,
y la nube gentil que se evapora
pintada á trechos de amaranto y grana.

Triste es el cáliz de la flor temprana
que en risueños matices se colora,
como la queja que en los aires llora,
como la voz que se perdió lejana.

Triste es el arpa con que jime viento;
triste la luna que en el cielo miro
y el vago son de mi dormido acento.

Que en éste mundo en que soñando jiro,
cada risa que muere, es un lamento;
cada nota lanzada, es un suspiro.

SERENATA.

Ya asoma por oriente 7 (1)
la luz del día, 6 (2)
ya despliega la aurora 7 (3)
ricos cendales, 5 (4)
y las tiernas alondras (2)
con alegría, (5)
ya tocan con sus alas (4)
en tus cristales.

Deja el lecho de plumas
en que dichosa
tal vez alegre sueñas
con mis amores,
ven á besar del prado
la fresca rosa
y á escuchar de la fuente
los mil rumores.

Perlas te brinda el alba,
nieves los mares,
guirnalda los querubens,
notas el viento:



vén y serán calmados
nuestros pesares
bajo el manto de estrellas
del firmamento.

Cada flor en su cáliz
guarda un suspiro,
cada brisa lejana
lleva una queja,
solo yó que amoroso
por tí deliro,
no guardo tus encantos
junto á tu reja.

Tal vez pura sonrisa
vaga en tus lábios,
tal vez late tu pecho
con ánsia loca,
quizá piensas te pido
por mis agravios
y un tierno beso pongo
sobre tu boca.

O acaso allá en tus sueños
finges esquiva,
que sólo con tu aliento
mi dicha empañas,
y una lágrima ardiente
dejas caúva

bajo los arcos rúbios
de tus pestañas.

Y al aire en que respiras
das tierno abrazo,
y á la blanca almohada
besas dichosa,
pensando que me estrechas
en tu regazo
sobre tu lindo seno
de nieve y rosa.

Quizás te anega el llanto
que por mí viertes,
quizás por mí formulas
amante queja;
si es que sueñas conmigo
no te despiertes,
yo te cantaré trovas
junto á tu reja.

Los ténues resplandores
de la mañana
ya del oriente alumbran
por los confines,
y á saludarte vienen
á tu ventana
con trinos amorosos
los colorines.

Por tí ricas guirnaldas
tejen las nubes,
por tí cantan las aves
y el mar sonoro,
por tí los puros ángeles
y los querubes
vibran allá en los cielos
sus arpas de oro.

Como la blanca aurora
pura es tu frente,
envídia con tus gracias
dás á las flores,
es tu voz el murmullo
de mansa fuente
y en tu faz hay del cielo
los rasplandores.

Tus lábios son emblema
de la alegría,
tus dientes nacarados
hilos de perlas,
son tus lágrimas puras
gotas del día
que mi pecho se afana
por recogerlas.

Tu risa es la que imitan
los serafines,

el hoyo de tu barba
nido de amores,
hay en tu hermoso seno
rosa y jazmines
y son tus compañeras
las verdes flores.

Sal ya niña amorosa,
consuelo santo,
sal ya luz de mi vida,
rosa temprana,
sal, que las dulces trovas
que por ti canto,
se estrellan en la reja
de tu ventana.

Ya asoma por oriente
la luz del día,
ya despliega la aurora
ricos cendales.....
sál, que ya las alondras
con alegría,
para cantarte llegan
á tus cristales.

DUDAS.

—Yo he mirado á la tierra, al mar, al cielo,
como me dice la escritura santa,
y no he visto á ese Dios grande y sublime
que los mártires calma.

Devorando en silencio mis dolores
he vertido al llamarle tristes lágrimas,
y abrazado á la cruz, le he suplicado
sin que escuche mis ansias.

—Ni abrazado á la cruz á Dios se implora
sin vivir de la fé bajo las alas,
ni los ojos del hombre verlo pueden
del mundo en la morada.

Para invocar á Dios y bendecirle,
para escuchar su angélica palabra,
para verle ¡insensato! hay que buscarlo
con los ojos del alma!!

A ELLA.

SONETO.

Mirándote, la dicha presencié;
mirándote, la dicha comprendí;
y si mucho te amé cuando te ví,
con mas ánsia te ví cuando te amé.

Queriéndote, mi pena disipé;
queriéndote, mi fé toda te dí;
y si grande el placer fué que sentí,
mayor fué la ventura que alcancé.

En mi mente tu imágen se gravó
y jamás de mi ser se apartará,
que en amarte mi anhelo se cifró.

De mi pecho tu amor nunca saldrá;
y éste fuego que el alma me abrasó,
eterno sobre el mundo vivirá!

DESALIENTO.

Cual peregrino que en sus largas siestas
la sombra busca do el placer le embarga,
el alma, andando con la carne á cuestas
busca una tumba en que soltar su carga.

Tendido siempre á la apacible sombra
deja que goce mi abatida frente;
deja que echado en la florida alfombra
pueda engañar al corazon doliente.

Que mientras vaya á la materia unida
el alma virgen donde el bien reposa,
cada paso que damos en la vida,
es un trecho salvado hácia la fosa.

LA MAÑANA.

Sobre un trono de rosas asoma la mañana;
del cielo las alfombras le sirven de dosel;
desata por los mares su túnica de grana;
las aves se despiertan, y el prado se engalana
de mirtos y laurel.

Perfumes dan al viento los verdes naranjales;
colóranse las nubes con franjas de carmin;
la mar teje en su orilla guirnaldas de corales;
se mecen en la arena los juncos y rosales
y el nítido jazmin.

Las arpas dan al viento raudales de armonía;
las auras van cantando las hojas al besar;
las flores se estremecen radiantes de alegría
y el coro de las aves saluda al nuevo día
con plácido cantar.

Las nubes del incienso perfuman los altares;
la noche huye lijera del sol ardiente en pos;
empujan los torrentes sus linfas á los mares
y el mundo se engalana de fiestas y cantares:
el hombre siente á Dios!!

ANTE LA TUMBA DEL JÓVEN PINTOR

JOSÉ ORTIZ DE LANDALUCE.

I.

Sombras, mistérios, fúnebres paisajes
coronados de tétricos fulgores;
destrenzados ramajes,
pabellones de cintas y de flores,
cipreses macilentos
donde se aduerme el aire vagoroso
modulando suspiros y lamentos;
labores esculpidas,
inscripciones en mármoles grabadas,
tumbas en el silencio sumerjidas
por la fúria del tiempo derruídas
y de besos y lágrimas regadas;
catafalcos de piedra,
panteones tristísimos y oscuros,
capiteles alzados,
arboledas y pátiós mal seguros
rodeados de lindes y de muros
por mechones de hiedra coronados;
pirámides y fosos,

coronas y laureles,
recintos silenciosos,
solitarios sepulcros pavorosos
circuados de estatuas y doseles;
signos, troféos, lámparas y cruces,
ferradas puertas, retorcidos gonces,
arcos, dinteles, fosforescentes luces,
cráneos, sepulcros, pedestales bronce!! .

Esta es del hombre la postrer morada;
éste el asilo que en quietud le espera;
la estancia eterna donde está la nada...
la inmensa tumba do la muerte impera!!

II.

¿La muerte! ¿acaso á su rigor impío
todo sucumbe, se deshace y muere?
¿nada hay que llegue á contrastar su brío?
¿todo se hiela á su contacto frío
y á su poder indómito se adhiere?

¿Será que nunca el ánimo sediento
pueda romper su yugo soberano,
y esclavo siempre á su luchar sangriento,
como ramaje que desquicia el viento
caiga rendido al peso de su mano?

¿Será que siempre el alma dolorida
falta de bien suspire entre cadenas,

y el corazón, con récia sacudida
surque tenaz los mares de la vida,
al peso grave de sus hondas penas?....

¡Ay! que del hombre en la feliz mañana
la dicha pierde y su ilusión derrumba,
y avanza y sigue y sin cesar se afana,
para ocupar el hueco de una tumba
al funerario son de la campana!

Ricos paisajes finjese la mente
de bienestar y plácida ventura...
sueños, delirios del cerebro ardiente!
allí do el pecho la quietud presente
le aguarda un desengaño, una amargura!!

III.

Tú, ser amado, á quien la dulce vida
arrebató la muerte sin clemencia,
y aleve hirió tu juventud querida
cuando brilló mas pura y encendida
la matizada flor de tu existencia,

Disfruta en paz tus sueños de victoria
tras el velo sutil del firmamento;
ciñe á tu frente el láuro de la gloria,
y oye el himno lanzado á tu memoria
que de la lira arranca el sentimiento.

Allí está el mundo que forjó tu mente
cuando á la vida despertaste apenas,
soñadas glorias y placer ferviente;
allí, los sueños de la edad naciente...
aquí, el tormento, la inquietud, las penas!!

A CÁRMEN.

Cuando apaga en la memoria
la vida, su luz postrera,
busca el alma prisionera
su única pátria, la gloria.

No me hieran tus enojos
si logrando, al fin, la calma,
penetrar sientes mi alma
en el cielo de tus ojos.

LA MUERTE DE UN ÁNGEL.

Murió el tierno niño; su faz es risueña;
cubierto de flores descende al sepulcro,
y vélo sus padres perderse á lo lejos
al par del crepúsculo.

Del campo sagrado en hondo recinto
cubierta de sauces se ostenta una tumba;
sepultan el cuerpo, los broncees resuenan,
y llantos se escuchan.

Silencio profundo sucede á los ayes,
de tristes campanas se escuchan los ecos,
y el alma del niño, la tierra dejando,
se eleva á los cielos.

Á LA BELLA NIÑA

DOLORES GOMEZ Y ASTORGA.

I.

Una niña... una rosa,
no como tú tan bella y tan lozana,
ansiosa de mirar cómo en oriente
restaurando la luz del sol poniente
resplandece la aurora en la mañana,
dejando el lecho en que feliz dormía
y enseñando al espejo
como quien pide parecer á un viejo
su lindo rostro que el pudor cubría,
venturosa corrió por la pradera
buscando entre el follaje
un breve asilo ó plácida rivera,
donde gozosa contemplar pudiera
salir el sol tras el gentil paisaje.

Sentada, al fin, aguarda venturosa
con la ténue alborada
la niña..... nó, la rosa,

brotar el sol de su mansion dorada
como la perla de la mar undosa.

II.

La niña ó flor que canto,
era un eden de gracias juveniles;
contaba como tú catorce abril
y como tú gozaba sin quebranto:
ojos negros tenía
como el fondo de noche tenebrosa,
cabellera ondulosa
que en largas trenzas con amor prendía,
pié menudo y rosado
puesto en prision—por revoltoso y breve—
de blanco raso con primor bordado;
en sus ojos de espléndidos confines
irradiaba la aurora mas serena,
y tengo para mí que era morena
por llevar la contraria á los jazmines.

III.

La salida del sol, cosa és que encanta;
y como la heroína de mi cuento
por desdicha severa
ó encontrados pesares,
nunca le vió salir tras de los mares
al sacudir su blonda cabellera,

ya viste cómo ufana
sin pedir parecer mas que á su espejo,
corrió á esperarle en la pradera sola,
como la flor que espera su reflejo
para entreabrir su plácida corola.

«¿Le vió salir?»—preguntarás acaso
entre inquieta y gozosa—
le vió, pero es el caso,
que como era una *rosa*
y entre otras flores su esplendor lucía,
llegó una *mano* despiadada y fría
que de su tallo la arrancó afanosa.

IV.

Cuando ofuscada tu razón violenta
sientas que pierde el corazón la calma,
busca en el cielo de tu vírgen alma
la blanca estrella donde el bien se ostenta.
Y aunque á tu pecho juvenil no cuadre,
si en algo estimas mi feliz consejo,
en vez de alegre consultar tu espejo
consulta siempre á tu amorosa madre.

EN EL ÁLBUM DE LA LINDA SRTA. D.ª L. S.

Silva.

Mucho han hablado vates y escritores
sobre tu linda boca
que al beso ardiente del amor provoca.

Como clavel rosado
que en el risueño prado
se mece al soplo de la brisa errante,
se muestra en tu semblante;
y combina de un modo tan perfecto
de tus mejillas con las frescas rosas
y con tu pura, cándida alegría,
que muy bien se creyera
y yó casi á jurar me atrevería,
que de tu cara los encantos fieles
en su conjunto ufano,
mas bien que rostro humano
era un ramo de rosas y claveles.

Tu barba, que parece
sereno copo de brillante espuma.

muestra un hoyo escondido
con gentileza tal y gracia suma,
que dice el que lo mira
de amor la llama al abrasar su pecho;
«parece que está hecho
para tumba del pobre que suspira!»

Tus nacaradas manos,
que enlazadas las dos, niña amorosa,
cupieran libremente
en el purpúreo cáliz de una rosa,
mas que manos, dos perlas asemejan
de las que vierte entre las gayas flores
el arroyo sereno
espejo de sus gracias y primores,
que ondulante y ameno
con débiles rumores,
cruza los campos murmurando amores.

No vierte la alborada
sus perlas y rubíes,
hasta que tú sonríes;
y es tu risa tan blanda y regalada,
tan tierna y seductora,
que por verla no mas brilla la aurora.

Tu pié, que cuando pisa
vuelan las auras por besarle aprisa,
recuérdame amoroso

el capullo gentil de la azucena
cuando se aduerme en lánguido desmayo,
el jazmin oloroso,
la magnólia sin par del verde mayo.

¿Qué mas puedo decir, niña amorosa,
si tu tersa mejilla
en lo pura y sencilla,
en lo rica y hermosa,
en fragancia y color vence á la rosa?
¿qué de tu lindo talle,
que por ser mas gracioso,
cuando cruzas el valle
con paso presuroso
revelando tus gracias seductoras,
se mece mas airoso
que las esbeltas palmas cimbradoras?

Ante tu faz divina
la pura flor se inclina
y oscurecen sus tintas las auroras.
¿Quieres áun mas belleza?
¿quieres mas angustiado
mirar el verde prado
al contemplar tu gracia y gentileza?
¿quieres ver mas fragancia,
mas preciada elegancia
mas gloria y mas ventura?
¿quieres, en fin, mirar tanta hermosura

como muestra esplendente
tu imágen pura y bella?
pues..... mírate en la fuente,
y la verás en ella.

LA CRUZ.

A MI QUERIDA HERMANA EDUARDA.

Cuando sola en el mar de la vida
sin aire, sin luz,
latir sientas el pecho angustiado
buscando quietud.

Cuando al cielo los ojos levantes
con fiera ansiedad,
y no encuentres quien oiga y comprenda
tu pena mortal,

en el pecho la fè y reverente
postrada ante Dios,
abrazada al madero, suplica
con frases de amor.

Porque el alma, al vencer de la duda
la negra inquietud,
do sus brazos estrecha el tormento,
los abre la cruz!

EN LA AUSENCIA.

Lejos de sus albergues
los ruiseñores,
cuentan, que nunca trinan
sin sus amores.
De tí apartado,
como el ave doliente
lloro angustiado.

En los ecos sonoros
que lleva el viento,
te mando entre congojas
mi juramento.
«Nunca te olvido»
dirá pasando el aire
junto á tu oído.

Sin tí vivo sin alma,
sin sol, sin vida;
sin tí miro en la duda
mi fé perdida;
y en mis dolores.....
Cuanto sufren las aves
sin sus amores!!

HORAS AMARGAS.

(INTIMA).

I.

Fuerza es que calle el corazon doliente;
fuerza es que sufra el ánimo angustiado,
y el padecer horrible de mi mente
en el olvido quede sepultado.
Todo se anuble en torno de mi frente,
todo lastime al pecho lacerado,
goce el mundo de paz y horas serenas.....

.
Vengan las penas á aumentar las penas!

II.

Como la flor que en la naciente aurora
su cáliz abre de amaranto y grana
y al blando son del ave trinadora
crece en su tallo espléndida y lozana,
así de mi existencia, seductora
se abrió la flor purísima y galana,
y al sacro fuego del amor profundo
se alzó triunfante en el verjel del mundo.

III.

Era yó entonces bramador torrente
lento de vida y límpidos fulgores;
de puros rayos se adornó mi frente;
cruzaba el mundo derramando amores;
las bullidoras linfas de la fuente
me arrullaban con lánguidos rumores,
y las brisas del bien y la fortuna
columpiaron angélicas mi cuna.

IV.

Llegué entretanto á la estacion florida
en que el amor nos brilla en lontananza,
y ante los hondos mares de la vida
miré nacer el sol de mi esperanza;
por la pasion el alma combatida
lanzarme quise en pos de bienandanza,
y á las olas lanzándome sereno
miraba el mundo de placeres lleno.

V.

Ebrio de amor el pecho enamorado
feliz miraba el despuntar del día;
era el oriente camarín dorado,
joyero el mar de rica pedrería,
diamante el sol de luces coronado,
velo de sombras la tiniebla umbría,
y el cielo altar de galas y colores
salpicado de lámparas y flores.

VI.

¡Oh! cuan risueño ante mi loca mente
pasaba el mundo en confusion ligera!
cuan bello el cuadro ante mi altiva frente,
que dora y pinta la ilusion primera!
cataratas de luz el sol naciente
derramaba en mi fúlgida carrera,
y un idilio de amores y armonía
resonaba en mi alegre fantasía.

VII.

¡Todo pasó! contra la roca dura
chocó mi esquife con creciente anhelo,
y el astro lucidór de mi ventura
quedó eclipsado en la mitad del cielo;
mis ensueños de amor y de ternura
se trocaron en hondo desconsuelo,
y el castillo formado por mi mente
como losa cayó sobre mi frente.

VIII.

Horas felices de mi afan profundo
que resbalais en marcha seductora!
con cuanta prisa os alejais del mundo!
con cuanta pena el corazon os llora!
roto ya el dique de mi amor fecundo
os recuerda la mente soñadora,
y el corazon latiendo acelerado
salta deshecho de sufrir cansado.

IX.

¡Ay del que mira con dolientes ojos
el triste carnaval de la existencia,
y en la senda fatídica de abrojos
rompe el velo fatal de la inocencia!
¡Ay del que toca sin sentir enojos
la realidad del mundo y la experiencia,
y horrorizado mira en el instante
de la verdad el rígido semblante!

X.

Rompe el boton de la naciente rosa
la planta leve del callado viento,
y apenas abre su corola ansiosa
lanza el aroma de su puro aliento;
llena de luz su cáliz presurosa,
hiérela el sol con rayo macilento,
y al fin queda, despues de marchitada,
por la fúria del viento deshojada.

XI.

Así del mundo en el eden florido
goza al nacer el hombre venturoso,
y al contemplarle luego embevecido
siente latir el pecho generoso;
mira despues el ánimo aflijido,
siente llegar el porvenir dudoso,
y ante las iras del primer quebranto
brotan en sus ojos el acervo llanto.

XII.

Las breves horas de sus tiernos días
mira trocarse en hórridos pesares,
y sus risueñas, dulces alegrías
del padecer inmola en los altares;
de su pasión las gratas armonías
se disipan del viento en los cantares,
y el mundo cruza de dolores yerto
como forma de un vivo siendo un muerto!

XIII.

¿Donde encontrar la dicha codiciada?
¿donde el placer que imaginó en su anhelo,
si ya al hundirse en la postrer morada
sordo á sus ayes le contempla el cielo?
¿donde encontrar la calma deseada?
¿donde quietud y al padecer consuelo,
si dicha al mundo y compasión le implora
y el mundo calla y con sus penas llora?

XIV.

¡Ay! que cual hoja que al hirviente río
derrumba al paso el huracán rugiente,
y en las espumas del cristal sombrío
corre á morir sobre la mar potente,
del padecer que rompe el albedrío
se precipita el hombre en la corriente,
y entre el martirio que su bien derrumba
corre á morir en su desierta tumba!

XV.

Horas risueñas que pasé cantando!
risas de amor en que bebí sediento!
volad, volad mi padecer dejando,
dejad al triste en sū dolor cruento;
ya del placer que imaginé soñando
solo queda profundo sentimiento;
ya la ilusion se pierde en lontananza
con la pasion, la gloria y la esperanza.

XVI.

¿Quién á mi pecho brindará reposo?
¿quién, al sentir el soplo de la muerte,
vendrá á posar un ósculo amoroso
como recuerdo, en la materia inerte?
¿quién verterá una lágrima angustioso
compadecido de mi acerva suerte?.....
oh! hermosa luz que me consuela y guía!
oh! esperanza del bien! oh! madre mía!

XVII.

Sí, tú que miras mi penar doliente,
tú que me brindas plácido embeleso,
junta á mi pecho tu abatida frente,
quita á mis penas el horrible peso;
duerma en tu falda mi cerebro ardiente,
sella mis lábios con amante beso,
y al pecho deja murmurar en calma:
madre del corazon! madre del alma!!

TUS GRACIAS.

Tienes ojos azules
como los montes;
pestañas, donde enredas
los corazones;
cuello de nieve,
y boca de corales
que el alma hieren.

Todo dá á tu hermosura
tiernos encantos;
todo, menos los mimos
y los halagos;
mas... no te aflijas:
nunca se vió una rosa
libre de espinas!

MADRIGAL.

I.

Las aves y tu vida
se parecen en algo, Laura bella.
Cuando del alba la primer estrella
en el cielo prendida
mira en el mar su tembladora huella,
ciñendo á tu garganta
luengo collar en hebras dividido,
como la alondra que en los aires canta
saltas ligera del caliente nido.

II.

Y cuando brilla el sol en occidente
que en esplendor le igualas
buscas el lecho en que ocultar la frente,
serena plegas tus brillantes galas
entre dulces aromas,
como al dormir encojen las palomas
la baraja de plumas de sus alas.

EL ÁRBOL NACIENTE.

AL SR. D. MANUEL MARTINEZ BARRIONUEVO.

¡Rama gentil, que de entre el lodo inmundo
á sana tierra trasplantó mi mano!
vive feliz en el desierto mundo
ya que yó sufro y me lamento en vano.

Sobre la yerba al arrojar tu sombra
presta soláz al infelíz viajero,
que caminando por la seca alfombra
en pos se afane del placer sincero.

Tus ramas baja á su abrasada frente
é imprime en ella juvenil frescura;
brinda á su pecho perfumado ambiente
y acaso sienta celestial ventura.

Tal vez oyendo el murmurar suave
que forma el viento entre tus verdes hojas,
calme un momento su desdicha grave
y un punto cese de exhalar congojas.

Sigue estendiendo tus serenos brazos
para el consuelo de las penas fijos,
entretejiendo con amor los lazos
que broten luego de tus tiernos hijos.

Vive feliz junto á la clara fuente
que al descender se precipita ansiosa,
sin sospechar al discurrir ferviente
que en pos camina de su yerta fosa.

Siempre apartado en tu retiro ameno
mira tu copa en su raudal sonoro;
sin que tus ramas al tocar su cieno
sufran las ánsias que entre penas lloro.

Sigue creciendo en esplendor y brío
tendiendo al cielo tus nacientes alas,
sin que te abata el desconsuelo mío
tronchando aleve tus risueñas galas.

Prestando al aire virginál frescura,
besa la tierra que tu amor sostiene;
lo que se paga con filiál ternura,
tarde ó temprano, recompensa tiene.

Nunca recuerdes el viváz cariño
con que al nacer te acarició mi mano.....
¡¡quizás la rama que cultiva el niño,
será el baston que sostendrá al anciano!!

Á ROMILDA PANTALEONI.

SONETO.

No he de adornar mi cítara con flores
para brindarte aroma y lozanía,
pues ya los campos de la patria mía
se ofrecieron á darte las mejores.

No he de buscar arpados ruiñeños
que junto á tí levanten su armonía;
¿que hará la noche cuando reina el día?
¿que harán las aves donde alegre mores?

Hablas, y hablando tu decir encanta;
lloras, y el alma á tu dolor se inclina;
miras, y el pecho tu mirár quebranta.

¿Que mas ventura á la muger divina,
que el pecho hiere si entre quejas canta,
y arropa el alma cuando alegre trina?

ÉL Y ELLA.

(IMITACION DE ROSAS.)

A los rayos dolientes y argentados
de la callada y soñolienta luna,
junto al manso cristal de la laguna
dos amantes suspiran abrazados.

Recordando los sueños regalados
de otro tiempo feliz y otra fortuna,
del padecer la niebla inoportuna
viene á cubrir sus ojos angustiados.

Ella le mira entre sus redes preso:
piensa en sus horas de placeres llenas,
y el llanto mira en su semblante impreso.

Él, la contempla adormecido apenas;
sella sus lábios con ardiente beso.....
y hasta se olvida de sus própias penas!!

EL ECO.

Repitiendo los acentos
de la palabra al sonar,
los lleva el eco al rodar
en las alas de los vientos.
Siempre que suenan lamentos,
lamentos deja en mi oído:
mas no sé por qué sentido
pienso, entregado al dolor,
que cuando dicen «¡Amor!»
el eco repite «¡¡Olvido!!»

EL MENDIGO.

AL SR. D. JOSÉ ANCOS.

Ya el sol cual rosa marchita
rodando á occidente vá,
girones de nieblas poblando el espacio
ligeras entoldan la espalda del mar.

Las flores abren su seno
al cefirillo galan,
de pálidas brumas empaña el río
que en lecho de arenas murmura al pasar.

Apágase en el oriente
la postrera claridad,
serena la noche con vuelo apacible
su manto de sombras desata fugaz.

Con su ganado el labriego
vuelve hácia el rústico hogar,
sus hijos le esperan con dulce sonrisa
trocando en placeres su negra ansiedad.

A lo lejos la campana
suená con ronco vibrar,
plegaria parece que rueda en los aires
llevando al espíritu los sueños de paz.

Humedecidas las flores
ven de la luna la faz,
en sueño profundo sumida la tierra
de vagos fantasmas se empieza á poblar.

Suspiros entrecortados
suenan en la oscuridad,
con ayes dolientes se quejan los valles
y suena á lo lejos medroso cantar.

Rueda el alúd de la sierra
con estrépito infernal,
dormidas las fuentes exhalan gemidos
mirando en su seno las ramas temblar.

Trémulas van las estrellas
bordando la inmensidad,
el mundo en sosiego reposa extasiado
y en calma infinita se aduerme faláz.

Solo en la noche serena
suspira un triste mortal,
la negra fortuna con mano crispada
tronchó su destino con fiera maldad.

Sin esperanza en la tierra
llora su sino fatal,
ni encuentra quien calme sus tristes congojas,
ni encuentra quien pueda su llanto secar.

Bajo el amparo del cielo
vive en densa oscuridad.....
¿quien oye al mendigo que en negra amargura
suspira en el mundo sin patria ni hogar?

Postrado en el duro suelo
invoca con tierno afán,
pasando la gente le mira angustiado
mas nadie comprende su pena mortal.

Solo un destello indeciso
de vida le resta yá,
quizás cuando rompa la aurora en oriente
cadáver le mire la gente al pasar.

Haciendo un gigante esfuerzo
alza un momento la fáz.....
cuan triste fulgura la luz de sus ojos
marchitos y secos de tanto llorar!

Un suspiro de sus labios
arranca el viento fugaz;
quizá vaya envuelto con ese suspiro
el último aroma de esencia vital!

En un arranque supremo
vuelve de nuevo á implorar.....
¡¡midiendo la tierra do yace postrado
desplómase inerte con golpe mortal!!

Cantando en alegre coro
se oye una fiesta pasar,
«Rindamos, murmuran, coronas y flores
al Dios que nos brinda placer y soláz.»

.

En tanto el sol aparece
llenando la inmensidad;
las sombras se pierden con vuelo afanoso!
los tibios luceros esconden su faz!!

LA VIAJERA.

Adios; la nave ligera
por el céfiro impelida,
ya me anuncia tu partida;
ya me anuncia mi dolor:
besada de las espumas
por las blancas aureolas
gallarda hiende las olas
con empuje volador.

Columpiada blandamente
sobre el golfo cristalino,
en tu cuello alabastrino
besaré el áura al pasar;
mientras solo en la rivera
contemplándote á lo lejos,
vendrá el sol con sus reflejos
mis dolores á aumentar.

En el piélago azulado
donde lánguida te inclinas,
mirarás de las ondinas
el ejército crecer;
y abismado por las penas,
con nublada y triste frente,
miraré el grueso torrente
de mis lágrimas correr.

De sus grutas de corales
y del mar por los confines,
en bandadas los delfines
correrán por verte á tí:
yo abrasado por mi llanto
sufiré mi pena á solas,
y veré romper las olas
suspirando junto á mí.

Dando paso á las tinieblas,
marchará el sol esplendente
á perderse en occidente
para luego amanecer;
y mis tiernas alegrías
correrán tras de tu paso,
como sol que vá á su ocaso
para nunca mas volver.

Incansable peregrino,
sin angústias ni pesares
siempre en pos de nuevos mares
te encamina tu pasión,
como el ave pasajera
que al dejar su amante nido,
tiende el vuelo comprimido
descubriendo otra región.

En las siestas del estío
y á la sombra de las palmas,
abrazadas nuestras almas
se contaron su ansiedad;
y hoy te miro pesaroso
en tu alegre navicilla,
con la aguda y frágil quilla
dividir la inmensidad.

Los ensueños regalados
que llenaron nuestra mente,
se trocaron en torrente
de amargura y de dolor:
¡¡siempre en lides amorosas,
como el mar y las arenas,
resistiéronse las penas
á las olas del amor!!

Al dejar el manso puerto
que te abrió los tiernos brazos,
rotos siento en mil pedazos
mis delirios de placer:
tú, del mar entre las olas
vas gozando tu destino;
yó, del mundo en el camino
solo aguardo perecer!

Tú, en sus aguas cristalinas,
como náyade ligera
libre sueltas tu bandera
sin temores ni pesar:
yó, en el mar de las pasiones,
como náufrago que implora,
solo espero hora tras hora
en su fondo naufragar!

Impulsada por el viento,
como lindo pez de oro
hiende el piélago sonoro
tu velera embarcacion;
y las áuras matinales
que resbalan dulcemente,
jemirán sobre tu frente
despertando tu ilusion.

Agobiado por las penas,
sin hallar tranquilo puerto
seguiré con rumbo incierto
persiguiendo tu ideal,
hasta dar al fin rendido
en la roca de la muerte,
combatido de la suerte
por el rudo vendabal.

Sigue, sigue tu carrera
sin que empañen tu ventura,
ni la hiel de la amargura
ni la niebla del dolor:
sigue hollando venturosa
tu camino de cristales,
sin sentir los fieros males
insensibles á mi amor.

Adios, la nave ligera
por el céfiro impelida,
ya me anuncia tu partida,
ya me anuncia mi pesar.
Yo postrado en la rivera
miraré romper las olas,
escuchando siempre á solas
el monólogo del mar!!

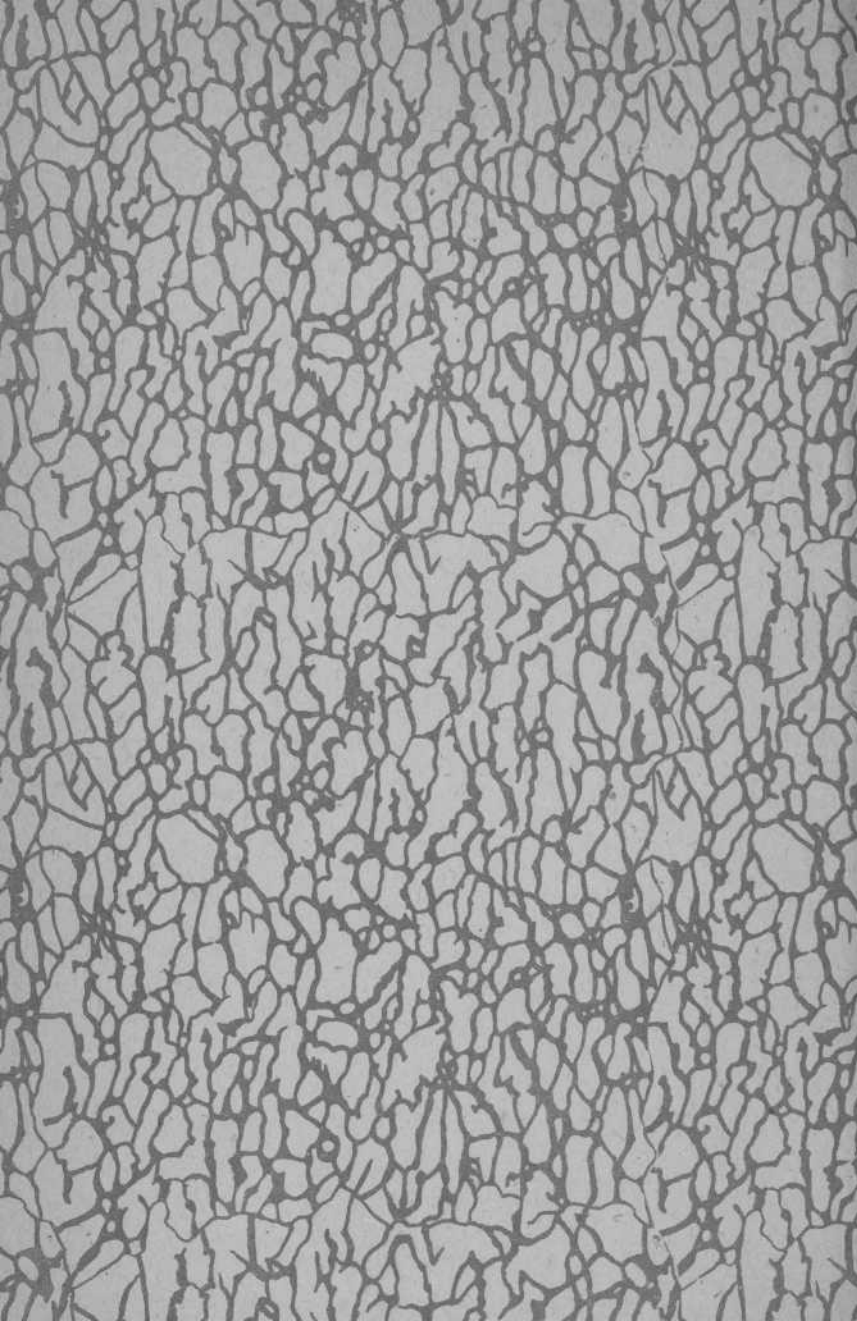
ÍNDICE.

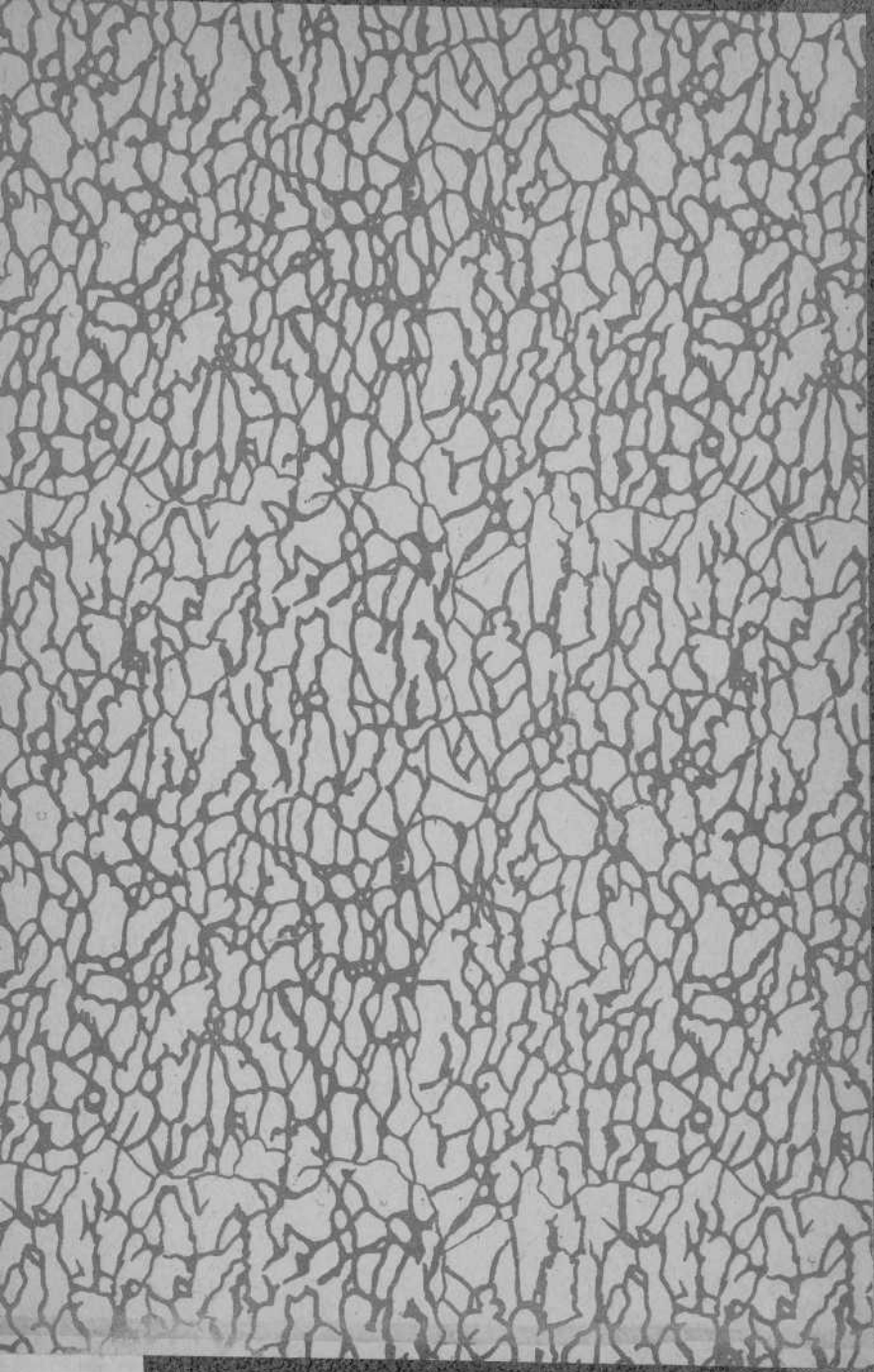
Páginas.

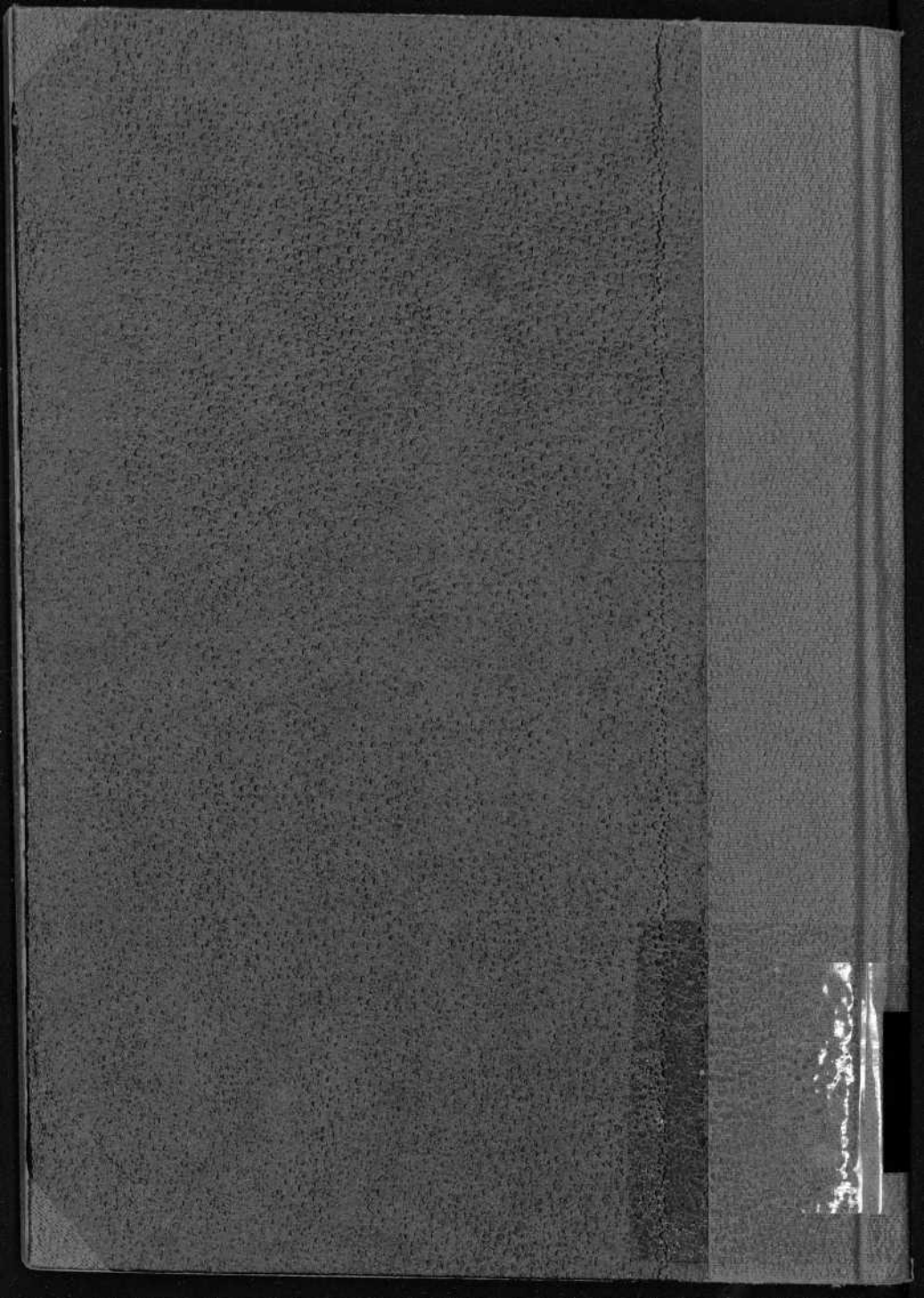
Préludio.	
A mi madre.	9
Delirio del poeta.—Oda.	11
× Soneto.—Imitación de Rosas.	14
× Sombras.	15
Colon.—Soneto.	16
× El Sultan.—Oriental.	17
En un álbum.—Soneto.	19
Al Aguila.—Soneto.	20
El Sol.	21
A una niña.	23
Al Sr. D. José María Alcalde, en el día de su boda.	24
Grandeza de Dios.—Soneto.	25
En el Cementerio.	26
El Cohete.—Soneto.	29
A una ingrata.—Soneto.	30
Al Mar.—Oda.	31
La Fé.—Soneto.	35
A una máscara.—Soneto.	36
En un baile.—(Intima).	37
En la muerte de la bondadosa Sra. D. ^a Rosa Cerissola.	41
El Día.—Soneto.	42
La Noche.—Soneto.	



	<u>Páginas.</u>
La Noche-Buena.—A mi padre.	44
A mi amiga la Sra. D. ^a J. P. despues de haberla oido cantar.—Soneto.	49
Tristeza.—Soneto.	50
Serenata.	51
Dudas.	56
A Ella.—Soneto.	57
Desaliento,	58
La Mañana.	59
Ante la tumba del jóven pintor José Ortiz de Landaluce.	60
A Cármen.	64
La muerte de un ángel.	65
A la bella niña Dolores Gomez y Astorga.	66
En el álbum de la linda Srta. D. ^a L. S.—Silva.	69
La Cruz.	73
En la ausencia.	74
Horas amargas.—(Intima)	75
Tus gracias.	81
Madrigal.	82
El árbol naciente.	83
A Romilda Pantaleoni.—Soneto.	86
El y Ella.—Imitacion de Rosas.	87
El Eco.	88
El Mendigo.	89
La Viajera.	93







FEAN

XIX

478